

PREGÓN DEL COFRADE

Mientras escuchaba la banda de la Cruz Roja recordaba aquel día de hace más de veinte años en la iglesia de El Salvador, cuando organizaron entre Rafael Álvarez Colunga y el Lele (o sea, él) la primera Exaltación de la Saeta. El cante, para Naranjito de Triana, Manolito Mairena, José el de la Tomasa... La palabra, en manos –quiero decir, en voz- de dos Verbos de distinto son pero tan ricos, Alfredo Flores y Manolo Toro. Yo tenía que presentar a José, iba de ayuda en su primera saeta pública. Yo iba de mozoespadas de José, el hijo de Piesplomo y la señora Tomasa, y muerto de miedo entre aquellos dos pregoneros de lujo, sólo me atreví a contar una historia inventada en los dos minutos que me concedieron los organizadores. Dije que “una noche en la tribu, una muchacha guapa y en edad de amor, paseaba despreocupada por el aire indeciso de su libertad, y se le acercó una gitana vieja y le dijo: “Dame la mano, muchacha. La vieja y sabia gitana le miró la mano y le dijo: “Ahora estás soltera y sin novio. Pero tú vas a ser la madre de un rey del Cante. Ándate con pies de plomo. Y se anduvo. Y nació José el de la Tomasa.”

Sin necesidad de que ninguna gitana me lea la mano y me lo diga, sé que he de andarme con pies de plomo, porque Sevilla es mucha Sevilla. Y el Pregón del Cofrade, mucho pregón para tan poca experiencia como la mía. Sevilla conoce tan bien los intrínquilis de sus pasiones que le basta oír para sentenciar. Se lo sabe todo. Sevilla, que vive rodeada de espejos, conoce todos sus perfiles, sus defectos y sus virtudes, y antes que los vean otros, ya ella se los ha visto en cuarenta y siete mil reojos en esos espejos. Por eso hay que andarse con pies de plomo. ¿Qué pgon le queda que organizar a Sevilla? Porque en Sevilla, tratándose de Semana Santa, es

posible cualquier pregón, cualquier pregón encaja. Hay muchos: el padre de todos los pregones, el Pregón-pregón, el del Costalero, el pregón de la Semana Santa de cien sitios, ya sea en un convento o entre uniformes y estrellas, cuarenta exaltaciones que van desde la Saeta al Azahar... La Meditación ante las Cinco Llagas de Carretería, la charla de convivencia de las hermandades de la Madrugá... Y éste, el Pregón del Cofrade. Todos ellos pregones que no se apartan del tronco. Porque si nos ponemos a nombrar los pregones que nos venden vestidos de presentaciones, de inauguraciones, de lo que sea... ¿Muchos pregones? Muchos, sin duda, pero todavía son pocos, si nos ceñimos a la capacidad pregonera de Sevilla. Sevilla no se conforma con hacer las cosas, tiene que pregonarlas, y tanto como pregonarlas, necesita que se las pregonen. O sea, yo soy panadero y amaso el pan, y me lo como, pero necesito al lado uno que se tire media hora hablándome del pan..., pa yo morirme de gusto. La práctica del onanismo de la estética. Hay cofrades en Sevilla que disfrutan tanto con un pregón a una Virgen, que está usted, en julio, hablando con él de las excelencias del aceite y le habla de “virgen extra” y le dice que por qué no organizamos un pregón para la “virgen extra”. Pregones y exaltaciones, que vienen a ser lo mismo con otro nombre, aunque digan “Acto de presentación del cartel de la Hermandad tal”. Tire por donde tire, pregón, aunque le convenzan diciéndole que es una reunión de amigos en la que “...vamos a ver unas diapositivas de la Semana Santa del año pasado...” Mentira. Llega usted, y antes de las diapositivas sale uno muy bien vestido, saca veinte folios y le suelta su pregón. De Madrid se dice que, todos los días, a partir de las ocho de la tarde, o das una conferencia o te la dan. Pues de la Semana Santa de Sevilla, lo mismo: en este tiempo, o estás dando un pregón o te lo están dando (claro ejemplo este acto). A este paso, ya falta menos para el Pregón de la Semana Santa de la Línea 1 del Metro, el Pregón de la Semana Santa del Carril bici y el Pregón de la Semana Santa

según Ikea, que ese está muy claro porque tiene el calvario de la cola que se forma en la Cuesta de Castilleja, la casa-hermandad del aparcamiento, el vía crucis señalado de las flechitas en el suelo de la tienda que te dicen por dónde discurre la calle de la Amargura de las cuarenta cosas que compras y después no sabes para lo que sirven, y la ventaja singular de que nosotros tenemos que montarlo todo en casa, priostes del bricolage. ¿Cuántos pregones? Muchísimos. Y todos –eso dicen, aunque no sea mi caso– buscando el Atril con mayúscula, el del Domingo de Pasión. Lo demás es algo así como un obligado campamento hasta la jura de bandera. Dicen que todos los sevillanos tienen escrito su pregón de Semana Santa. El día que les dé por publicarlos, se acaba la tinta y el papel... y, en muchos casos, habrá que salir corriendo. Muchos pregones. Sevilla, ya puesta, si le dedica un pregón a los costaleros, ¿por qué no ha instituido ya el Pregón del Forastero que ni tiene idea de la Semana Santa ni le gusta, se casa con una sevillana y tiene que pasarse, entre quinaros, besamanos y procesiones, veinte días dando bandazos por Sevilla, el hombre? ¿No merece un pregón ese hombre? Y ya que celebra su pregón del Costalero, ¿por qué no el Pregón de los pies reventaítos de los que sin ser costaleros hemos ido cien veces al duelo de nuestros pies buscando cofradías? ¿Será por pies reventaítos? ¿Habrá en la Semana Santa pies reventaítos para escribirles un pregón con su agüita caliente y su sal? ¿Habrá pies reventaítos de callos viejos en zapatos nuevos, que esos sí que llevan la procesión por dentro, y viven una dolorosísima pasión penitente sin túnica, sin antifaz, sin cirio y sin cruz visible? ¡Si yo les contara cómo fue mi primera Semana Santa, cuando me vine con veinte paisanos más en el ferrobús de las 9, un Jueves Santo, para ver las de Madrugá, y me puse una chaquetita de entretiempos –la que tenía-, unos zapatos nuevos para que fueran domándose –ellos sí que domaron- y en el bolsillo cinco duros, y a eso de las doce le da por empezar a lloviznar, y yo sin poder volverme al pueblo... ¿Y el Pregón del que, de

vuelta con su mujer de ver una cofradía, y tras andar desde el Porvenir al Charco la Pava con el niño dormido –y gordito- en brazos, cuando va a abrir el coche se acuerda de que las llaves las dejó sobre el mostrador de El Espigón? ¿Merecerá un pregón ese hombre, que como él hay cientos y cientos? ¿Y por qué no el Pregón de la Semana Santa del inmigrante, ese inmigrante que ya mismito, lo mismo que se viste de horrible Papá Noël en Navidad y de espantosa flamenca en días de Feria, cualquier Domingo de Ramos lo vemos vestido de nazareno vendiéndonos clínex porque se cree que vamos a llorar tras los pasos? Ese inmigrante recién llegado se viste de nazareno y, como anda cortito de credo, cuando vea a Pilatos junto a la palangana es capaz de ofrecerle un juego de tres pastillas de jabón y dos toallas. También tienen un pregón los inmigrantes. Pero éste de hoy es el Pregón del Cofrade. Y eso lo abarca todo. En este pregón caben todos los sevillanos. Lo que pasa es que el peligro está en que cada cofrade tiene un gusto distinto, y lo tiene porque ya lo ha probado todo de la Semana Santa y de los pregones de la Semana Santa, y anda que sabe poco...

¿Y por qué a mí para este menester? ¿Por qué yo, si yo soy un mal aprendiz de cofrade, si yo llevo más de treinta años repitiendo el mismo curso y no lo apruebo, porque es imposible aprobar, con su misma nota, lo que en mí no empezó a alfabetizarse en la sangre del asombro infantil? No había por mi casa ni túnicas con veinte puestas ni pabilos ennegrecidos entre los restos llorosos de cirios penitentes. No hay en mi casa esa memoria de espejos de ropero de alcoba que tienen ustedes, mirando al primer nazareno que les nació dentro. No se calienta el recuerdo en mis manos de niño con una bola de cera que iba redondeando un mundo de luces interiores que despertaron después en cualquier cuaresma. No está por mi memoria infantil, por esa memoria que lo abarca todo sin parpadear, ni la mano de mi padre llevándome entre filas de nazarenos, ni el olor joven de mi madre llevándome a ver cómo pasa un palio por la bocacalle del

barrio. No hay en mí, como lo hay en ustedes, esa memoria cofrade que cierra los ojos y ve cómo pasan cuarenta Cristos, cincuenta Vírgenes, en estos días en los que la luz remolonea entre azahares subida al caballete de la tarde.

Ustedes sólo se explican en ustedes. Y es bastante. Quien quiera convencernos de que la Semana Santa no tiene tantos perfiles como tiene el sentido del vivir del sevillano, se equivoca. Por eso yo no me escandalicé y sí se escandalizó el forastero que venía conmigo, aquel año que en la puerta del convento de Santa Inés vimos un letrero en la cuaresma. ¿Qué había escrito en el letrero? ¿Nos llamaban las monjas a un tiempo de oración y penitencia? ¿Nos convocaban a la reflexión y a la fraternidad multiplicada en esos días? No, eso sería explicable en otro sitio. Pero aquí se limitaron a escribir: “Ya tenemos pestiños”. Una de las hermosas maneras de decir que ya mismo era Semana Santa, una manera de pregonar la Semana Santa. Por eso el sevillano sólo se explica en Sevilla. Y eso basta.

Ustedes nacieron entre olor a incienso y cera; a mí el único incienso de la infancia me llega envuelto en misa mayor de domingo, humo de incienso que olía a latín y a sacristán que cantaba un gregoriano terciado de soleá que estaba más cerca de la taberna que del trasaltar; en mí, la cera más cercana es la de la vela en la palmatoria que recorría la casa en procesión de sombra cuando en invierno se iba la luz por la tormenta, aquella llama de aquella vela que le daba a todo un temblor donde el miedo infantil copiaba las deformadas figuras de la pesadilla. ¿Por qué a mí? Para mí, la Semana Santa es una mañana de palmas y ramas de olivo, sin más borriquita que alguna que montara algún pegujalero camino de la viña o el olivar. Para mi infancia, la cuaresma, más que un meneo urbano de besamanos y triduos, plata limpia donde se mira el día y se repite, es una vigilia de viernes con sabor a guisantes con jibia, espinacas, garbanzos con

bacalao, torrijas, tagarninas con huevo, habitas tiernas y, si acaso, unos calcetines nuevos. Yo no puedo decirles nada nuevo a quienes son espejo de mi curiosidad y mi admiración. Los de pueblo siempre hemos venido a Sevilla a aprender las maneras. Si veníamos, había que ponerse ropa de Sevilla; si hablábamos, soñábamos con hablar como los de Sevilla, y volvíamos al pueblo mínimamente sevillanizados. Y en procesiones, ¿qué les va a decir quien sólo vio en su niñez Vírgenes de gloria y Santiago a caballo, y el único sabor “cofrade” que tenían aquellas procesiones eran las levantás de la cuadrilla del Moreno y la banda de Tejera o de Salteras tocando “Amargura” o “Pasan los campanilleros”, y para colmo, aquella música, en verano, nos sabía triste a los chiquillos que disfrutábamos más con las cornetas y los tambores. Les habla quien de la Semana Santa la mayor seriedad la guarda del Viernes Santo, cuando al ir por la calle a la hora del almuerzo, jugando, gritando con los amigos o dándole patadas a una lata, la voz de una vecina beatona salía a la puerta y nos decía en grito bajo: “¡Niños... callarse y no hacé ruío, que sa muerto er Señor!”

Que el Señor también muere en los pueblos, con menos boato, con menos humos, con menos acompañamiento, pero muere. Los chiquillos, como nunca habíamos visto una urna de Santo Entierro, y del Señor sólo teníamos las imágenes de dos crucificados y la de Nuestro Padre Jesús Nazareno, un año, un chiquillo de una de las hermandades que tenían crucificado, le preguntó al cura: “Pero er Señor que sa muerto, ¿cuál es, er de nosotros, er de ello o Padre Jesús?” Después el cura nos dijo que el Señor que había muerto no lo veíamos, que estaba en el cielo, y por eso los Viernes Santo que había tormenta nos metíamos en casa, temiéndole más a la muerte del Señor que a los rayos. Memoria del miedo, sólo del miedo en Semana Santa, porque a aquellos oficios que para nosotros eran un largo funeral sin muerto visible, se sumaba que no teníamos imagen del Resucitado.

¿Por qué a mí? Si yo soy uno que vino a mirar y se quedó admirado, que vino a aprender y sigue aprendiendo, que vino a preguntar y sigue preguntando, que vino a entender y no acaba de entenderlo, porque me falta haber tenido una niñez como la de ustedes, porque cuando vine a ver un palio ustedes ya llevaban bajo palio toda la vida; porque cuando quise aprender algunos nombres ya ustedes llevaban toda la vida pronunciándolos todos. Soy un extranjero que vino aquí sin saber decir ni una sola palabra del idioma de la Semana Santa, y por más que ustedes se hayan empeñado, a este extranjero le queda un rescoldo de su acento y sabe que se morirá sin poder pronunciar correctamente ese idioma tan rico que ustedes hablan cuando de Semana Santa se trata.

¿Por qué a mí, entonces, el encargo de este pregón? Y si todavía fuera un pregón de algo concreto, el azahar, el cántaro, el maniguetero, el contraguía, la saeta, los palios... es el Pregón del Cofrade, y eso es muy fuerte. Entre otras cosas, porque para cada cofrade hay un gusto y para cada gusto, cien cofrades. Porque convendrán conmigo en que ustedes, muy sabios, sí, pero también muy especiales, muy, muy especiales. A ver, ¿quién sabe decirme cómo tiene que ser el Pregón Cofrade para contentar todos los gustos de los cofrades? Se me antoja imposible. Hay cofrades que se inclinan por el pregón tipo histórico, y se vuelven locos cuando el de la tribuna sale y dice, por ejemplo:

“...Fue en ese año, 1576, cuando se aprobaron las reglas de la hermandad. Por aquellos años, las cofradías sevillanas no tenían tanto respaldo popular como hoy, aunque sí debemos destacar que el comportamiento de los integrantes de una cofradía era tan austero que no se permitían ni hablar, ni beber, ni, por supuesto, levantarse el antifaz. Y el cofrade histórico, loco). Y el de la palabra, que se viene arriba: “Hablamos de unos tiempos en los que la ciudad se enfrentaba a los problemas de una

epidemia que azotó, sobre todo, a los barrios más pobres. Fue cuando empezó a germinar ese espíritu infantil de los niños integrados en las cofradías. Ese año de 1576, mi hermandad estrenó unos ciriales de plata que hoy, cuasi cinco siglos más tarde, aún podemos admirar en nuestro museo. La España del dieciséis tenía en Sevilla, en su Semana Santa, el reducto de fe más importante. Una ciudad de comercio creciente que aprovechaba los buenos tiempos del Descubrimiento...” Y el cofrade histórico, loco. Y el de la palabra, sin hablar de la luz del Domingo de Ramos. Cuando acaba de hablar y el cofrade histórico pregunta con ganas de que le digan que ha sido el mejor pregón, se encuentra con los comentarios de otros cofrades de otras corrientes pregoneras: “Sí..., bien... Pero mú pesao. Muchas fechas, mucho siglo dieciséis pero no ha dicho nada de lo actual. Además, a mí me va a ronear con el siglo XVI, si yo soy del Silencio, que es del XIV?”. ¿Cómo acertamos con ustedes? Después tenemos el cofrade que se muere por el pregón tipo “contenido”. Sale el pregonero, y, por ejemplo, suelta:

“...Los momentos que vive la Iglesia animan a los cofrades a seguir, con más fuerza que nunca, el camino de la fe y del compromiso cristiano como única vía de salvación. No podemos permanecer con los brazos cruzados, no podemos hacer de la Semana Santa un territorio para la fiesta, y hemos de llevar, indemne y a punto de revista, nuestra condición de cristianos, y con ella, ir por los días, no sólo de la Pasión, sino de la cuaresma y aun del resto del año, dando ejemplo en cada lugar en que nos encontremos”. Y el cofrade que se desvive por el pregón tipo “contenido”, loco. Y sigue el orador: “¡El cofrade, si se viste de nazareno, lo hace como si se vistiera de sacerdote, y si acompaña a su Virgen o a su Cristo, lo hace como si verdaderamente estuviera acompañando a Jesús y a María por las calles de la verdadera Pasión! ¡Ser cofrade no es posible si no nos anima un

sentimiento de fe y de esperanza en Cristo, si diariamente no hacemos de nuestra vida un camino de perfección..!” Y el cofrade tipo “contenido”, loco. Y cuando acaba el orador, la pregunta frotándose las manos, y el comentario de otros cofrades: “Hombre..., sí, con mucho contenido, pero ni un verso, ni un piropo, ni una alegría, ni ha contado nada de cómo empezó en la Semana Santa... Díganme, ¿cómo se acierta con el gusto del cofrade sevillano, si pregone quien pregone siempre va a tener una crítica al lado de cien alabanzas?

También está el cofrade que prefiere el pregón tipo “intimista”. Eso del intimismo es su locura, y no lo puede remediar. Eso de que el pregonero salga diciendo, por ejemplo...

“... En mi casa, mi madre y mi tía Lola, se pasaban tardes y tardes planchando las túnicas de mi padre, de mis hermanos y mía... La muchacha del servicio, que era de pueblo, había traído una mañana de aquéllas, elaboradas por su madre, unas torrijas y unos pestiños. Papá salía por la tarde y se iba a la hermandad, a ver cómo iba todo. Mis hermanos y yo, que habíamos ido a misa en la iglesia al lado de casa, nos reuníamos y hablábamos de qué experiencias nuevas viviríamos ese año junto a los pasos, por la calle... Recuerdo que cuando llegaba el día de la salida de nuestra hermandad, mamá y tía Lola se emocionaban al vernos vestidos de nazarenos. Ese día, Manolo el Tendero no abría, sólo por ver el ambiente de nuestra calle, y siempre nos aconsejaba que fuésemos, en todo, como papá...” Y el cofrade tipo intimista, loco.

No es fácil. Reconozco que el pregón más comúnmente celebrado es el “lírico”. Ahí hay más cofrades quizá que en ningún otro gusto, pero también tiene sus detractores, sin ir más lejos, el cofrade tipo histórico y el cofrade tipo contenido. Pero así como el cofrade tipo histórico y el cofrade tipo contenido apenas, salvo excepciones, guardan memoria de lo que dijo

el suyo, el cofrade tipo lírico se aprende de memoria algunos versos. Pero dentro de los líricos también hay divisiones: los que se vuelven locos cuando sólo nombra a las que según ellos “sólo hay que nombrar para que se nombren todas”, y los que no perdonan un olvido. El pregonero que se empeña en que no se quede ninguna atrás, hace el hombre un esfuerzo sobrehumano y seguro que tendrá que preguntar a más de uno, porque lo más seguro es que no las haya visto todas, o, al menos, en los sitios que los de esas hermandades dicen dónde hay que verlas. Pero el hombre hace su esfuerzo. Y el cofrade tipo “Lírico I”, loco. Porque ha salido el orador, y, por ejemplo, dice...

Voy por las calles andando,
calles de Sevilla llenas
de azahar y atardeceres,
calles con olor a cera
y al incienso que se mece
en cunas de las navetas
y sube después al aire
para escribir el poema
del olor de esta Sevilla
al llegar la primavera.

(y el cofrade pregón tipo Lírico I, loco)

Y el orador...

Voy por tus calles, Sevilla,
sin saber a ciencia cierta
si me emocionó mirar
cómo pasaba La Cena,

si el Cautivo que venía
firme en Santa Genoveva,
si el paso del Nazareno
por San Vicente en sus Penas,
si la salida imposible
del Martes en San Esteban,
si el temblor estremecido
por Triana de la Estrella,
o si el dulce escalofrío
que me da mirar la Hiniesta...

(y el cofrade tipo Lírico I, loco) Y el orador, más o menos:

Voy por tus calles, Sevilla,
voy a verte hacer milagros.
Milagro cuando ese Lunes
sienta venir San Gonzalo;
milagro cuando el Refugio
busque refugio en su barrio
y pase, yo no sé cómo,
el Cristo de San Bernardo...
Milagro cuando el Cautivo
que es Cautivo y Rescatado,
cruce tus aires, Sevilla.
Milagro, sólo milagros.
Milagro cuando impresione
la austeridad del Calvario;
milagro cuando me acerque
a ese Jesús Despojado,

y milagro en esa hora
que ni es noche ni está claro,
ese día entretenido
entre dos luces de aguardo,
cuando pase, seguiriya
que se hace saeta al paso,
bulliciosa, impresionante,
la hermandad de los Gitanos...

(Y, claro, el cofrade tipo Lírico I, loco) Pero habrá otro cofrade que salga y diga: “Sí, sí, pero no ha sido como otros, que, sabedores de lo que se cuece en Sevilla, van al grano, y el grano, no te equivoques, son cuatro, cinco, media docena, como mucho...”) Dios mío, ¿cómo acertamos con los gustos del cofrade sevillano? ¿Pregón tipo Lírico II, mezcla de quien ya sabemos (el Pregón que todos recuerdan, pregón tan viejo) y de otros cercanos? Lo pide el cofrade tipo Lírico II. Y el orador lo sabe. Y primero sale muy cumplido con algunas, aunque él sabe que el fuerte está en lo que está.

Tengo ganas de probar
tu pan bendito y moreno,
tu pan sagrado, Sevilla,
ese pan que en mi recuerdo
es una hogaza de gloria
caliente, honrada, que pruebo
cada año por tus calles,
hambriento, Sevilla, hambriento.
Amasaron ese pan

insignes imagineros,
y en el horno de la fe
poco a poco lo cocieron.
Sevilla, dame ese pan
que trae Los Panaderos...

(y el cofrade, loco)

Y el orador...

Quiero subir a la gloria,
Sevilla, pero no puedo.
Ayúdame tú, Sevilla,
dale a mis ansias el vuelo,
dame aires altos, que vean
mis ojos cuanto deseo.
Donde se mecen las águilas,
Sevilla, subir yo quiero.
Quiero subir a la gloria
de un barrio que aunque esté lejos
se acerca para que sepas
la elevación de su credo.
Quiero subir a la gloria,
Sevilla: llévame al Cerro.

(y el cofrade tipo Lírico II, loco)

Y el orador:

Más que el del Prado en Madrid,
más que el de Londres, no menos
que los que hay en Nueva York,
más hermoso y más completo
que ese del Louvre en París,
más que todos. Yo me quedo
-cuando quiero contemplar
el arte desnudo y hecho
a la perfecta medida
que requiere mi deseo-
yo me quedo, le repito,
viendo pasar al Museo.

Y el otro, loco. Y el orador...

Hay un aire que es de muerte
y resurrección a un tiempo.

El luto, como una flor,
abre ya el fruto pidiendo.

Sabemos que se nos va
y que se nos va viniendo.

Sabemos que todo fue,
mas todo seguirá siendo.

Sabemos que son tres días
cuando pasa el Santo Entierro...

Y el otro, loco. Y los otros, poniéndole pegas: “Sí, pero eso de ceñirse a una y no soltarla...” Y el orador:

A ver si lo entiende usted:
yo le nombro esta semana
con sólo tres nombres, tres:
 apunte, si tiene ganas:
 la Esperanza de Triana,
Macarena y Gran Poder...

(pero tampoco es eso)

Si acaso, por estar donde estamos, el orador diría esto:

 En la calle San José
toda la belleza habita,
 y será la más bonita
 esté Ella donde esté.
 Aquí mis sueños dejé
con la pasión necesaria.
 Y aquí tengo la diaria
 razón de mi plenitud,
junto al Dios de la Salud
 y contigo, Candelaria.

Y el otro, loco. Pero habrá quien le ponga peros. Siempre, amigos, siempre. Por eso les preguntaba antes ¿por qué a mí? Ustedes están más allá de la palabra que rima con Gran Poder, con Macarena, con Triana, con Sevilla. Ustedes están en todas las palabras de Sevilla. Por eso les decía

que ustedes sólo son explicables en Sevilla, como el letrado en la puerta del convento de Santa Inés. Y basta. Y como sigo viniendo a aprender, y sigo preguntando, permítanme que antes de irme haga la última pregunta que me inquieta, a ver si alguien me despeja esa duda que arrastro desde que llegué a esta ciudad en Semana Santa, ese misterio que no consigo ni desentrañar ni siquiera adivinar:

Si Dios hace lo posible
por que Sevilla sea ella,
y por única la sella
y sólo en ella es creíble.
Si obra es de Dios lo intangible,
¿quién, de forma tan sencilla,
con celestial escobilla
y sin permiso de Dios,
le da una mano de Dios
a esa Semana en Sevilla?

Muchas gracias

Aznalcázar, 13 de marzo del año 2008

